

Nota Crítica de *La vida de la razón. I La razón en el sentido común* de George Santayana

‘Vida de la razón’ es el nombre de un proyecto filosófico a primera vista sumamente ambicioso. Para ser más exactos, es el nombre de un sistema filosófico completo que con este primer libro, “La razón en el sentido común”, G. Santayana empieza a construir. Esta afirmación, sin embargo, quizá debiera ser matizada de inmediato porque, por lo menos en lo que a este primer volumen atañe, más que una teoría acabada lo que habría que decir es que lo que Santayana ofrece son sus lineamientos generales. En este que es el primero de cinco volúmenes, el autor se aboca a dar cuenta del surgimiento y de las funciones primordiales de la razón. Dado el estilo tan personal que tiene el autor de tratar temas filosóficos, a nadie debería sorprender el hecho de que en este volumen se aborden cuestiones que caen en muy diversas áreas de la filosofía, como lo son la teoría del conocimiento, la metafísica, la historia de la filosofía y la filosofía de la mente. Si bien será útil delinear a grandes brochazos el panorama general de la perspectiva de Santayana, mi objetivo en estas páginas no es hacer un resumen del libro sino más bien presentar y discutir el proyecto general para posteriormente estar en posición de adoptar una actitud crítica *vis à vis* la filosofía por la que Santayana aboga en este libro.

No podría sorprender a nadie que la noción fundamental del texto sea precisamente la de “razón”. Santayana se propone explicar el surgimiento de la razón humana describiendo para ello tanto sus condiciones de existencia como sus funciones. El cuadro que pinta es uno bastante conocido. La idea central es que al nacer el ser humano es, por así decirlo, bombardeado por un sinnúmero de impresiones sensoriales, desordenadas o semi-caóticas, en flujo permanente y por lo tanto sin ningún contenido cognoscitivo. Por otra parte, sea lo que sea, es claro que la razón no flota en el aire, sino que está radicada en el cuerpo. Muchos en nuestros días dirían ‘en el cerebro’, pero como Santayana se mantiene permanentemente en un nivel de discurso sumamente abstracto, entonces no entra en los detalles y no se pronuncia al respecto. Lo importante para nosotros en todo caso es que dado que el cuerpo es crucial para el funcionamiento de la razón y el cuerpo es movido por instintos, entonces éstos son parte del material sobre el cual la razón habrá de ejercerse. El objetivo de la razón es en última instancia la expansión de la vida para lo cual forma parte de sus funciones domar los instintos y hacerlos congruentes de modo que éstos no representen un obstáculo para el florecimiento de la vida. Así, a través de múltiples experiencias la razón paulatinamente pasa del plano de lo puramente natural u orgánico al de la formación de ideas. Por otra parte, la razón tiene un carácter eminentemente práctico, pero precisamente por ello está también imbuida de eticidad. La función de la razón no es nada más garantizarle al individuo el éxito en la acción, sino orientar su vida

hacia el bien sin para ello mutilarla o coartar su desarrollo. En relación con esto vale la pena destacar dos puntos. Primero, la razón no es independiente, es decir, no es algo real sino que está al servicio del cuerpo y de la vida y, en segundo lugar, tampoco es la razón indispensable. Después de todo, se puede vivir de un modo contrario a los dictados de la razón pero, claro está, no es eso lo más recomendable: una vida contraria a la razón es una vida en la que el bien último, que es la eudemonía (una noción que yo preferiría traducir como “florecimiento” o “realización” más que como “felicidad”, que me parece una noción demasiado asociada con el empirismo y con el pensamiento anglo-sajón). En resumen, la vida dirigida por la razón es la vida dirigida por la ciencia pero que está orientada hacia bienes espirituales y no meramente corpóreos o carnales. El objetivo último de la razón es promover la armonía entre los impulsos de manera que éstos no se contrapongan unos a otros y pueda entonces el individuo ingresar a la comunidad de seres imbuidos y movidos por ideales racionales. La vida guiada por la razón es la naturaleza en busca de su propio bienestar.

El pensamiento de Santayana no reconoce como reales distinciones tajantes, como por ejemplo, la distinción entre lo factual y lo moral. Es cierto que se trata de nociones **lógicamente** independientes, pero ciertamente no es así como se manifiestan en la vida. Los seres humanos no somos seres esquizoides, es decir, seres mecánicos por una parte y seres evaluadores por la otra. Somos las dos cosas al mismo tiempo. En algún sentido adelantándose al *Tractatus Logico-Philosophicus*, para Santayana el mundo en sí mismo no tiene valor; los hechos en sí mismos son neutros desde un punto de vista axiológico. Es con el sujeto que el bien y el mal, y más en general, los valores entran en el escenario del mundo. Como buen pensador de sentido común que era, Santayana acepta que nuestras primeras evaluaciones giran en torno al placer y al dolor, pero insiste (con razón) que el placer y el dolor no son la fuente de los valores, o por lo menos de los valores importantes. El placer tiene que pasar de ser algo meramente orgánico a ser algo inteligible, para lo cual requiere ser identificado, quedar asociado con algo, ser predicable de algo, etc. En otras palabras, el placer puede intelectualizarse y diversificarse y entonces adquiere un *status* diferente. Cuando el placer se desconcentra o diversifica lo que impulsa es el desarrollo de la imaginación. Esto es interesante porque aunque Santayana no es un devoto del placer tampoco es un enemigo del placer. Podríamos decir que a lo que él aspira es a darle al placer su verdadero *status*, a darle en la vida la posición que realmente le corresponde. Al no ser la fuente de los valores supremos, el placer y el dolor no son los referentes últimos de la ética. Éstos tienen que ver más bien con la “vida interna” y con la actualización de facultades como la imaginación.

Es evidente que Santayana es un pensador representativo de una época relativamente bien circunscrita y salta a la vista que, inclusive si oficialmente se deslinda de ellos, la influencia de filósofos que eran sus contemporáneos es fácilmente

perceptible. Tengo en mente en particular a dos grandes filósofos analíticos de principios del siglo pasado, a saber, G. E. Moore y Bertrand Russell, a quienes Santayana conoció personalmente durante sus largas estancias en Inglaterra y a quienes en diversos escritos criticó. Por ejemplo, lo poco que Santayana dice sobre la “vida interna” y sobre la comunidad de mentes afines de inmediato hace pensar en el último capítulo de *Principia Ethica*. Por otra parte, confieso que a mí en lo particular me llamó mucho la atención el uso que hace Santayana de la expresión ‘datos de los sentidos’, porque de inmediato nos hace pensar en Russell pero nos hace reparar también en la originalidad e independencia de pensamiento de Santayana. Es demasiado poco el material con el que se cuenta para emitir hipótesis concernientes a la paternidad de ideas y locuciones filosóficas, pero lo menos que podemos decir es que la exposición de Santayana a este respecto hace pensar. Pero, retomando lo dicho al inicio del párrafo, creo que sí podemos afirmar que el estilo filosófico de Santayana lo vuelve particularmente vulnerable. No se trata de caer en anacronismos ridículos y de acusar a Santayana de no escribir como lo hace cualquier articulista de cualquier revista contemporánea de filosofía. El estilo de Santayana es totalmente libre, pero su exceso de libertad influye en demérito del contenido de su pensamiento. Su estilo le permite divagar, comentar, calificar, bromear, ser sardónico, etc., pero todo ello a expensas de un cierto rigor que se espera de cualquier filósofo profesional. No hay en su libro una sola definición de ninguno de los múltiples términos teóricos que emplea, ni siquiera de ‘razón’. El lector se queda sin saber si la razón es una estructura, un función, un facultad, porque Santayana simplemente da por sentado que todo mundo ya sabe de lo que habla y entonces se dedica describir sus manifestaciones, operaciones, funciones y demás. Pero si alguien ingenuamente pregunta: a final de cuentas ¿qué es la razón para Santayana?, no recibirá una respuesta escueta y clara. Y lo mismo pasa con ‘mente’, ‘valores’, ‘experiencia’ y demás.

El pensamiento de Santayana está expuesto a múltiples objeciones, pero es difícil no sentir que su mayor adversario es él mismo. Su estilo filosófico prácticamente le impide desarrollar ideas justo cuando pone el dedo en llaga y apunta a una problemática interesante e importante. Él la detecta, hace algún comentario y la relega al olvido. Un ejemplo de filosofía de la mente ilustrará lo que quiero decir. En la página 167, sobre el tema de las “otras mentes” afirma:

Se pueden reducir a dos las indicaciones que realmente se han hecho sobre el tema: primera, que concebimos las mentes de otras personas proyectando en sus cuerpos los sentimientos que percibimos inmediatamente en nosotros mismos como acompañantes de unas acciones parecidas, esto es, nosotros inferimos las mentes ajenas por analogía; segunda: que somos inmediatamente conscientes de ellas y que notamos si son contrapartes nuestras amistosas u hostiles respecto

a nuestro propio pensamiento y esfuerzo, esto es, que nosotros aludimos a ellas mediante la imaginación dramática (pp. 267-68).

Acto seguido, Santayana comenta *en passant* ambas tesis e inmediatamente después cambia de tema, probablemente sin percatarse de que había dado con una veta filosófica de primer orden pero a la que, sorprendentemente, deja intacta. No descarto la idea de que en alguno de los cuatro volúmenes restantes que faltan por publicar Santayana retome estas menciones a temas cruciales para enfrentarlos de manera un poco más frontal y no meramente tangencial, pero lo que sí podemos afirmar es que al lector de **este** volumen Santayana lo deja con hambre filosófica.

A decir verdad, es una pena que Santayana no haya desarrollado muchas de las intuiciones que prodiga a derecha e izquierda. No quisiera dejar de mencionar en particular una que me parece francamente brillante pero que, una vez más, deja en estado embrionario. Dice Santayana:

Las proposiciones que sean irrelevantes para la experiencia pueden ser formalmente correctas, el método por el que se hayan alcanzado puede parodiar el método científico, pero no serán sustancialmente verdaderas porque no se refieren a nada. Como la música, carecen de objeto. Simplemente fluyen, y agradan a quienes tienen una sensibilidad no comprometida a la que de algún modo adulan. (p. 324)

Este es un pensamiento que R. Carnap no habría tenido el menor reparo en suscribir. Contiene virtualmente toda una teoría del significado y de la referencia, de las diferencias entre el lenguaje coloquial y el científico, del conocimiento directo de los objetos, etc., pero Santayana, para desesperación de sus lectores, no aprovecha su “intuición” y sigue adelante. De eso, desafortunadamente, hay mucho en este libro

Si tuviéramos que describir el trabajo de Santayana en términos pictóricos tendríamos que decir que se trata del trabajo de un paisajista. Se nos presenta una cierta panorámica, pero nunca recorreremos los caminos del bosque. Si dejamos que la obra hable por su autor, lo único que podemos inferir es que se trata de un pensador **demasiado** libre, demasiado sin compromisos académicos, un individuo con un gran manejo del lenguaje y de la imaginación pero que no se siente obligado a rendir explicaciones. Él enuncia sus tesis, arma su mosaico, no hace aclaraciones de ninguna índole (semántica, epistemológica, etc.) y sigue su camino. El diálogo con un pensador así se vuelve entonces un tanto difícil. No obstante, siempre se puede aprender algo a través de la narrativa de Santayana. Si se logra verlo con empatía y seguir los vericuetos de su meditación, entonces es factible atrapar su mensaje último y entonces éste no nos parecerá ni descabellado ni fuera de lugar. Veremos que su

intento por conciliar impulsos y vida racional, conocimiento e ideales, acción y valores morales nos resultará si no convincente sí loable y sugerente y su concepción del mundo nos resultará digna de ser estudiada y aprovechada. La confirmación de esta intuición, sin embargo, habrá de esperar a la lectura de los cuatro siguientes volúmenes cuya publicación esperamos con ansiedad y gusto.